

huerta de cocoteros situada en una calle que va de la plaza al barrio de Urapa. Un muchacho subió á una de las palmeras, que se mecía al peso de aquel cuerpo. El niño, desde la altura, nos arrojaba los cocos, y el huertero, abajo, los recogía, cortándoles la corteza con su *guadaña*, y nos daba á beber de aquella agua deliciosa y á gustar la pulpa azucarada. El general estaba más inquieto á medida que transcurría el tiempo. No obstante la confianza que tenía en Velasco, abrigaba el temor de que éste no hubiera llegado á tiempo para salvar á los prisioneros, ó de que por sus instintos sanguinarios desobedeciese sus órdenes, inventando luego una disculpa para justificar el hecho consumado.

Serían las cinco de la tarde, cuando vimos por el camino de Zirándaro á un jinete que venía á todo correr. Era Velasco, y el general, afectando una tranquilidad de que carecía, se preparó á oír sus palabras.

—Mi general, dijo aquél, cuando yo llegué ya habían comenzado los tiros.

—¿Cómo? exclamó Riva Palacio, ¿los fusilaron?

—Voy á referirle á usted todo.

—Le pregunto á usted que si los fusilaron.

—No, señor, no hubo ni un herido; los tiros fueron para que se pararan: los fugitivos, que se largaban en una canoa, desembarcaron temerosos de una muerte impropia en un militar, y se formaron, esperando que los fusilaran.

—Siga usted.

—En esos momentos llegaba yo á todo escape gritando ¡indulto! ¡indulto! El jefe de la escolta no me hizo caso y mandó ¡apunten! Antes de que diera la voz de ¡fuego! había yo amartillado mi pistola y se la había puesto en el pecho.

—¿Y entónces?

—Los soldados por sí solos levantaron los mosquetes, el jefe de la escolta obedeció y los prisioneros quedaron á mi disposición.

—¿Dónde están?

—Los he dejado á una legua de distancia de aquí. Dentro de media hora á más tardar llegarán.

El general regresó á su alojamiento. Poco después pasa-

ban por enfrente los prisioneros, quienes con dignidad hicieron un saludo. El general mandó hacer alto, y les dirigió la palabra reprochándoles su fuga y su desconfianza respecto de los sentimientos generosos de los republicanos. Aquellos hombres que poco antes revelaban el orgullo marcial se conmovieron al escuchar la pequeña arenga que les dijo Riva Palacio. De nuevo saludaron, se quitaron cortesmente el sombrero y continuaron su paso, platicando con animación.

El general, aquella misma noche, mandó llamar á su presencia al capitán Miñón. Miñón era oficial en la fuerza mexicana que cayó prisionera con los belgas en la jornada de Tacámbaro el 11 de Abril. Sus finos modales y su buena carrera militar lo hacían distinguirse entre sus compañeros. Riva Palacio le dijo que lo nombraba comisionado del Cuartel General del Ejército del Centro, cerca del Mariscal Bazaine, á quien llevaría comunicaciones, proponiéndole el canje de los prisioneros, sin tomar en cuenta ni el número ni la categoría de ellos. El joven oficial, agradeciendo el honroso encargo que se le confería, ofreció desempeñarlo y volver á constituirse preso si las negociaciones fracasaban. Marchó al día siguiente con instrucciones de no pasar por Morelia, y en cumplimiento de ellas tomó el camino por Zitácuaro.

Mientras duró la ausencia de Miñón, Riva Palacio y Méndez se cambiaban las notas arriba trascritas. El general iba ganando tiempo; pero la última comunicación de Méndez, la de 23 de Noviembre, era ya terminante y más de temerse cada día el enojo y el despecho de este jefe que amenazaba ejecutar el decreto de 3 de Octubre en los prisioneros que tenía en su poder. Miñón no regresaba ni se tenían noticias suyas. El general estaba preocupado, inquieto.

Por fin, en la noche del 26 de Noviembre se presentó Miñón al Cuartel General en Tacámbaro y puso en manos de Riva Palacio el siguiente documento:

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del Mariscal, Comandante en Jefe.—Núm. 1,403.—Señor General: He recibido la carta que me habéis dirigido por conducto del capitán Miñón. He visto con placer los sentimientos de huma-

nidad que os animan y os determinan á proceder en esta circunstancia. Deseando yo ayudaros en esta noble tarea, estoy dispuesto á hacer todo lo que me sea posible para conseguir un común acuerdo.—Tengo, pues, la honra de informaros, que doy órdenes para que se efectúe el canje en el pueblo de Acuitzio el 2 de Diciembre, de las ocho á las diez de la mañana.—Quedan á vuestra disposición en ese canje:—Primero, el general Canto y todos los oficiales, hechos prisioneros con él, por el coronel De Potier.—Segundo, todos los oficiales hechos prisioneros en Tacámbaro por el coronel Van der Smissen.—Tercero, todos los oficiales hechos prisioneros en Santa Ana Amatlán por el general Méndez.—Cuarto, todos los soldados prisioneros en Morelia.—En fin, según vuestros deseos, los generales Tapia y Juan Ramírez, hechos prisioneros en Oaxaca y detenidos en Puebla.—Todos los prisioneros que están en Morelia os serán remitidos el día 2. Respecto á los generales Tapia y Ramírez, me comprometo bajo mi palabra de honor, á ponerlos en libertad en Puebla con salvoconductos para que puedan ir á donde les parezca, tan luego como se me participe estar verificado el canje.—El señor capitán Bocarmé, del regimiento belga, está designado por mí para presidir el canje de los prisioneros. Lo acompañará el señor capitán D. Antonio Salgado, y como escolta irá hasta el pueblo de Acuitzio una compañía belga de cincuenta á sesenta hombres y además algunos jinetes mexicanos.—Espero, señor general, que os satisfará la buena voluntad que os demuestro en esta ocasión.—No quiero concluir esta carta sin daros las gracias por la buena voluntad y por los miramientos que habéis tenido para con los prisioneros.—Recibid, señor general, la seguridad de mi más distinguida consideración.—El Mariscal de Francia, *Bazaine*.—Señor general Riva Palacio.”

En este documento campean la voluntad de verificar el canje sin restricciones injustas, la franqueza de un militar que comprende su deber, y la cortesía del caballero. Compárese su comunicación con la carta de Maximiliano y con las notas de Méndez.

El general Riva Palacio había realizado sus nobles y pa-

trióticos deseos: ninguno de sus compañeros de armas sería sacrificado; él no había reconocido al imperio ni tratado con sus hombres; el decoro de la República estaba ileso.

Riva Palacio se apresuró á contestar al Mariscal Bazaine, y lo hizo en los siguientes términos:

“Ejército Republicano del Centro.—General en Jefe.—Con mucha satisfacción he recibido, por conducto del capitán Miñón, las proposiciones relativas al canje de prisioneros; y S. E. el Mariscal debe estar completamente seguro de que por mi parte no se pondrá dificultad de ninguna especie y de que haré todo lo posible por que, cuanto antes, tenga su más cabal verificativo: mandaré entregar al comisionado de S. E. el señor Mariscal, todos los prisioneros, tanto extranjeros como mexicanos, que existen en Zirándaro y en Huetamo.—Por mi parte presidirá el canje el señor teniente coronel Agustín Linarte, escoltado por ochenta jinetes. Haré, sin embargo, notar al señor Mariscal, que su enviado el capitán Miñón me ha presentado anoche en esta ciudad sus comunicaciones: que de aquí al lugar en que están los prisioneros hay una distancia de cuarenta y seis leguas de muy mal camino, y de aquí al punto señalado para hacer el canje hay una distancia de doce leguas que, unidas á las anteriores, producen un total de cincuenta y ocho leguas que creo imposible que puedan recorrer los prisioneros belgas en los pocos días que faltan para el cumplimiento del plazo que el señor Mariscal ha señalado. Sin embargo, he puesto un extraordinario para que inmediatamente se pongan en camino para esta ciudad los prisioneros; y me tomo la libertad de suplicar al capitán Miñón entregue una carta al de igual clase, Visart de Bocarmé, para que éste no salga á encontrarlos hasta el día en que yo le mande avisar.—Creo que S. E. el señor Mariscal conocerá la inculpabilidad que hay por mi parte, si el canje no tiene lugar el día que él había determinado y como yo lo deseara.—Para evitar que las hostilidades en el camino de aquí á Morelia puedan impedir ó retardar el éxito de esta negociación, ya doy mis órdenes para que se suspendan en toda la línea de Tacámbaro á Acuitzio; y en el caso de que lleguen á quebrantarse, protesto al señor Mariscal que no será por parte

de las fuerzas republicanas.—Réstame sólo, antes de terminar esta nota, dar á S. E. el señor Mariscal las más expresivas gracias por su deferencia y caballerosidad en este negocio, que prueba sus sentimientos humanitarios y nobles.—Protesto á S. E. la seguridad de mi más distinguida consideración.—Tacámbaro de Codallos, á 27 de Noviembre de 1865. V. Riva Palacio.—A S. E. el señor Mariscal Bazaine, Comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México.”

Por virtud de estas notas quedó eliminado D. Ramón Méndez de tomar participación en el canje. El arreglo se llevó á cabo entre el ejército invasor y el republicano, ajustándose los beligerantes á las leyes acostumbradas de la guerra.

Hubo un incidente que podría haber hecho dudar de la lealtad del general Riva Palacio, pero que por fortuna se resolvió por sí solo. Sucedió que, una vez reunidos en Huetamo los oficiales y soldados del enemigo que iban á ser canjeados, varios de los últimos que ya se habían incorporado á aquéllos, manifestaron, resueltos, que no querían volver á servir en sus antiguas filas, y que desde aquel momento se proponían ingresar á las tropas mexicanas de la República. El jefe militar de Huetamo estaba á punto de obligar á los disidentes belgas á que aceptasen el canje, pero sus mismos oficiales los dejaron en libertad de obrar como quisiesen.

Los prisioneros llegaron á Tacámbaro el día 3 de Diciembre: en la noche fueron á despedirse del general Riva Palacio y á manifestarle su agradecimiento por las consideraciones de que habían sido objeto en su larga prisión: en más de uno de aquellos valerosos soldados vimos lágrimas que bajaban á humedecer el marcial bigote. El general les habló con las palabras de tierna elocuencia que sabe emplear en las ocasiones oportunas. Todos le estrecharon la mano y él les abrió los brazos con efusión. Indelebles son los recuerdos de gratitud que han conservado los belgas hacia el general Riva Palacio: desde su país le escriben de cuando en cuando y todos ellos le han enviado sus retratos. Una vez que Federico V. Riva Palacio, hijo del general, estuvo en Bélgica, se reunieron muchos de los prisioneros de Zirándaro y le ofrecieron en Gante un suntuoso banquete.

Antes de proseguir el relato, véase la lista de los prisioneros de ambas partes beligerantes que iban por fin á recobrar su libertad.

*Relación de los jefes y oficiales hechos prisioneros por el coronel De Potier.*

General de brigada, Benigno Canto; Coronel, Albino Vidal; Teniente coronel, José María Callejo; Idem, Juan García; Comandante, Esteban Hernández; Idem, Espiridión Espinosa; Capitán, Procopio Liuares; Idem, Marcelo Maldonado; Idem, Martín Cueva.

*Relación de los jefes y oficiales hechos prisioneros en las inmediaciones de Tacámbaro, por el coronel Van der Smissen.*

Coronel, José María Hernández; Teniente coronel, Luis Carrillo; ídem, Carlos Borda; Capitán teniente, Guadalupe Caldelas; Comandante, Rosendo Márquez; Capitán, Miguel Aguirre; ídem, Francisco Ramírez; ídem, Pascual Rubio; Capitán teniente, Rafael Espinosa; Teniente, Ignacio Hurtado; ídem, Francisco Paredes; Teniente subteniente, José María Tovar; Teniente, Vicente Barrera; Soldados, 31.

*Relación de los jefes y oficiales hechos prisioneros en Santa Ana Amatlán.*

Coronel, Vicente Villada; ídem, José María Pérez Milicua; Teniente coronel, Jesús María Romo; ídem, Manuel G. de León; ídem, Ramón N. Rocha; ídem, Antonio Mejía; ídem, Fernando Nevraumont; Comandante, Francisco María Ortega; ídem, Manuel Rueda; ídem, Eufemio Guzmán; ídem, Pablo María Conejo; ídem, Rafael Cano; ídem, José María Velázquez; Capitán, Francisco Segura; ídem, Luis G. Aponte; ídem, Ignacio T. Cerda; ídem, Felipe Aguirre; Teniente, Fortino González; ídem, Evaristo Colín; ídem, Vicente Bravo; Subteniente, Camilo Aguilar; ídem, Albino Resendis; Escribiente, Ignacio Ortiz; Capitán, Gerardo Castro; Comandante, Clemente Trejo; Soldados, 80.

*Lista nominal de los jefes y oficiales mexicanos imperialistas.*

Teniente coronel, Vicente Solís; Capitán, Francisco Morel; ídem, Julio Magaña; Teniente, Tomás Saenz; ídem, Genaro Escamilla; Subteniente, Luis Magaña; ídem, Antonio Noguez; Alférez, José María Yáñez; garitero, Dionisio Urbina.

*Lista de los prisioneros belgas del Regimiento de la Emperatriz.*

Gauchin, capitaine; De Heck, lieutenant; Walton, ídem; Fourdin, sous-lieutenant; Di Biver, ídem; Adam, ídem; Geofroy, ídem; Jacobs, lieutenant pageur; Miñón, intérprete; Sergents majors: Heym, Grange, Sausven; Sergents: Seoupens, Lepage, Besme, Duval, Beunier, Depaus, Fourdin, Chapitre, Jacob; Sergents fourriers: Rosal, Cauttier, Libert; Caporals: Rovis, Hachu, Danso, Gerard, Bonevie, De Rive, Dervert, Delange, Piels, Defansart, Brassart, Lambermont, Vanhagentore, Verkeet, Orianne, Delmsée, Honnier, Loomans, Betand, Sibenaler, Dupare; tambours: Le Rycke, Hubert; clairons, Hock, Cabry, Van demme, Flament.—Soldats, 238; Vivandiere, Codemessing.

El día 4 salió de Tacámbaro para Acuitzio la columna del canje.

Desde los últimos días de Noviembre se habían suspendido las hostilidades en la línea de Tacámbaro á Morelia. Ninguna tropa recorría los caminos en una zona de doscientas leguas cuadradas. Las poblaciones tuvieron un respiro de paz, y era de ver la alegría que se reflejaba en los semblantes de hombres, mujeres y niños que descansaban, después de tres años de lucha, de los horrores de la guerra.

En las inmediaciones de Acuitzio se veían grandes caravanas de gente á caballo que se dirigía á aquel lugar á presenciar el canje. Distinguíanse los rancheros con sus trajes de charros y los anchos sombreros galoneados; las rancheritas con el rebozo terciado en la cintura, el pie en el estribo de la silla vaquera, la cabeza cubierta con sombrero jarano, y ellos y ellas, jinetes en briosos caballos.

Las autoridades municipales de los pueblos vecinos enviaron sus músicas á solemnizar el acto oficial. En suma, parecía que se daban cita todos para asistir á una gran fiesta de la patria ó á una solemne función religiosa.

Serían las diez de la mañana del día 5, cuando nuestra tropa con los prisioneros que escoltaba, llegó á la orilla, rumbo al Sur. El teniente coronel Linarte mandó hacer alto, y con voz acentuada dijo á los prisioneros:

—Señores, vuestros compatriotas se hallan en el extremo opuesto de la población: es la fuerza que conduce á los prisioneros republicanos. Mientras se cumplen las formalidades del canje debéis permanecer acampados aquí.

Los belgas respondieron á estas palabras con gritos de entusiasmo.

Linarte se dirigió al trote hacia Acuitzio.

En aquellos momentos, del otro lado de la población, se oía el canto belga "Garde à vous," tocado por los clarines. Nuestras músicas dejaron escuchar entonces los acordes del Himno Nacional, y algunas voces entonaban la estrofa: "Ciña, oh patria, tus sienes de oliva," etc.

Mientras esto pasaba en uno y otro campamento, Linarte desembocaba en la plaza, en el mismo instante en que aparecía en ella el capitán Visart de Bocarmé: los dos jefes se saludaron estrechándose la mano, como antiguos amigos: lo eran en efecto desde que aquel oficial belga había hecho viajes á Tacámbaro y Uruapan en arreglo del canje con el general Arteaga.

Cuando hubieron cambiado sus respectivas credenciales y las listas de los prisioneros, ambos ordenaron á sus clarines toque de *atención*, y luego la voz de mando *¡avancen!*

Unos cuantos minutos después, las dos fuerzas penetraron en la plaza. Sonaron las bandas y las músicas; el espacio se llenó de cohetes que estallaban en el aire, las campanas repicaban alegremente, y se oían las exclamaciones de entusiasmo de la multitud.

Los prisioneros, sin poderse contener, se abrazaron entre sí, y luego se desprendieron del uno y del otro bando, y fueron á estrechar entre sus brazos á sus antiguos camaradas.

Los belgas se dividieron en varios grupos y entonaron el canto de su patria. Nuestros músicos repetían el Himno Nacional.

Desde temprano los aposentadores habían preparado la comida para sus soldados. Linarte y Bocarmé presidieron sus respectivos banquetes, y el último obsequió á los nuestros con abundante cerveza que había llevado desde Morelia.

Sonó la hora de la despedida: los saludos cordiales se cambiaron de nuevo, y ambas fuerzas se pusieron en marcha.

La tarde, como lo son generalmente las de Diciembre en nuestro clima, estaba esplendorosa y tranquila; transparente y perfumado el aire; de azul pálido la bóveda del cielo, y como cubiertas de una gasa cerúlea las montañas que rodean el extenso llano de Coapan: á lo lejos se veía erguida la blanca iglesia de Undameo, y humildemente reclinado al pie del cerro del Aguila, el ruinoso Tiripitío, en otro tiempo vasta ciudad, rica y feliz.

Nuestros soldados desaparecieron entre los oscuros pinares del camino de Tacámbaro.

Al día siguiente, en la *Mesa*, preciosa colina que se levanta hacia el Norte de Tacámbaro, notábase un movimiento inusitado. El vecindario en masa había salido á encontrar á los prisioneros. De cuando en cuando se oían gritos de *¡ya vienen, ya vienen!*

Por fin, al avistarse la fuerza, todos prorrumpieron en vivas á México, al Ejército del Centro, y al digno jefe que había llevado á feliz término el deseado canje.

Los espectadores iban saludando á sus conocidos entre los prisioneros. Se oían distintas voces:

—Ese es el coronel Hernández, anciano patriota que abandonó sus talleres de Toluca para venir á luchar por la patria.

—Aquél es el coronel José María Pérez Milicua, tipo de la lealtad y del patriotismo, un valiente veracruzano.

—Allí viene Rosendo Márquez, el audaz jefe de exploradores que pregunta sorprendido cómo es el miedo.

—Mira, mira á Villada, el apuesto oficial á quien han ceñido su banda de coronel tantos gloriosos combates.

—Y Luis Carrillo, y Borda, denodados jefes, que en el asalto se disputan el lugar del peligro.

—Pancho Ramírez y J. Guadalupe Caldelas, los amigos caballerosos, esos subalternos hoy, que mañana serán distinguidos jefes, por su valor y su instrucción.

—Miren, ese ha de ser el general Canto, antiguo oficial del Batallón de Matamoros de Morelia: peleó contra los americanos en 1847, contra los *mochos* en la revolución de Jalisco, en la de Ayutla y en la guerra de tres años.

Así se oían por todas partes los nombres de los prisioneros: ya en la ciudad, las avenidas del tránsito estaban adornadas con banderas tricolores; las ventanas llenas de señoras y las calles henchidas de toda clase de gente. Se oían los repiques, las músicas, los estallidos de los cohetes.

El general recibió á sus hermanos de armas con los brazos abiertos. A través de los espejuelos de sus anteojos se echaba de ver que había en su mirada la luz de la satisfacción.

Pocos días después llegó á Tacámbaro el general D. Santiago Tapia, para dar personalmente las gracias al general Riva Palacio. En seguida marchó á la frontera, en donde una temprana muerte le sorprendió, privando á la patria de sus importantes servicios. En cuanto al general Ramírez, sus enfermedades le impidieron marchar á Michoacán: pasados algunos meses del canje, se incorporó al Ejército de Oriente en las tropas que hacían la campaña en el Norte de Puebla, hallándose en la toma de aquella plaza en el glorioso 2 de Abril de 1867.

Tal es la historia del canje de Acuitzio, de ese importante acontecimiento en la campaña de Michoacán, que fué un timbre de decoro para la Nación.